

Historia y ciencia

Gustavo Marqués *

I.

La posibilidad de que la historia pueda ser ciencia o convertirse en tal,¹ o la creencia más optimista aún de que la historia ya lo es,² forma parte de las convicciones de numerosos historiadores. Desde luego, también están quienes consideran que tal ambición no es viable ni deseable y conciben a la historia como siendo más afín a las humanidades o, en particular, a la literatura.³ Ambos enfoques albergan una gran variedad de posiciones que difieren entre sí en temas, énfasis y matices. Aquí me centraré en el análisis de la primera línea de pensamiento y procuraré clarificar, en la medida de lo posible, en qué sentido puede decirse que la historia es capaz de satisfacer los requisitos de cientificidad.

Lo primero que requiere algún comentario es la pretensión de referirse a la historia en general, sea para atribuirle o negarle una cierta relación con la ciencia. En realidad se trata de una disciplina que carece del grado de uniformidad de que gozan otras disciplinas, como la física, la química o la propia economía. ¿Tiene sentido, en estas condiciones, preguntarse acerca de la cientificidad de *la* historia? ¿No sería más sensato especificar la pregunta para

* IIHES-UBA.

1. "Intentemos, pues, ver de qué forma el modo de conocimiento histórico ha progresado, progresa y puede progresar hacia la categoría de ciencia". Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* (México, 1988), p. 28.
2. J. Huizinga considera a la historia una ciencia, aunque asistemática. Es más, esta vez normativamente, cree que "la única forma de comprensión del pasado que se armoniza con nuestra cultura, que es propia y peculiar de ella...es la forma científica y crítica". Johan Huizinga, *El concepto de la historia* (México, 1992), pp. 12 y 39.
3. "La historia no es una ciencia y apenas tiene nada que esperar de las ciencias; ni explica ni tiene método... Entonces, ¿qué es la historia?... Los historiadores relatan acontecimientos verdaderos cuyo actor es el hombre; la historia es una novela verdadera". Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia* (Madrid, 1984), p. 10. La nómina de pensadores ubicados en una perspectiva semejante es extensa. Entre los más notorios se encuentran Arthur Danto, Louis O. Mink, W. H. Walsh e Isaiah Berlin.

alguna manera particular de hacer historia? Como se verá, en lo que sigue preferimos hablar de *maneras* de historiar y es respecto de ellas que evaluamos su proximidad a la actividad científica.

Por otra parte, se presentan dudas respecto del otro miembro de la relación. El significado y el alcance de los términos "ciencia" o "cientificidad" no se hallan claros en absoluto, aunque generalmente se los emplea en estos debates como si lo estuvieran. ¿Es lo mismo preguntarse si la historia es, o puede ser, una actividad *científica* (es decir, conducida científicamente) que preguntarse si es, o puede ser, una *ciencia*? ¿Y es ello equivalente a indagar si es posible alcanzar en esta actividad conocimiento firme y bien establecido? La diferencia entre estas tres pretensiones, que no infrecuentemente forman parte de la visión que el propio historiador tiene de su actividad, queda usualmente encubierta bajo la ambigua reivindicación referente a la científicidad de la historia. Además, el resultado del análisis dependerá de manera decisiva de la noción de ciencia o científicidad que se emplee. La consideración de este último aspecto ha dejado de ser obvia desde el momento en que una pluralidad de metodologías se disputan el derecho a determinar cuáles son o deben ser los *standards* de científicidad adecuados.

II

Para decidir si ciertas maneras de historiar conforman, o pueden conformar, una ciencia, se requiere una concepción medianamente clara de lo que se pretende significar por tal. Una de las características más arquetípicas de al menos las ciencias más desarrolladas es la utilización de *modelos*. Disciplinas como la física, la biología, etc., satisfacen este requerimiento. ¿Y la historia? Cuando en historia se habla del empleo de modelos todas las miradas se dirigen hacia el tipo particular de historia que practica la corriente historiográfica conocida como New Economic History. Si se admite que esta escuela constituye una corriente historiográfica y se identifica ciencia y modelización, se admitirá también que constituye una práctica científica. ¿En referencia a qué tipo de problemas es practicable esta forma de historiar? Parece razonable sostener que en ciertas áreas, y en función de ciertos objetivos, el empleo de modelos semejantes a aquellos usuales en las ciencias reconocidas es posible y hasta puede ser deseable. Si lo que se procura es medir o estimar la magnitud de alguna variable económica, sociológica o demográfica, o establecer la presencia o ausencia de ciertos fenómenos o tendencias, puede ser posible, útil y hasta necesario el empleo de modelos cuantitativos. Augus Maddison, por ejemplo, proporciona valores o algunas variables clave (acervo de capital y producción) de las economías europeas entre 1880 y 1977 y argumenta que la existencia de una fuerte proporcionalidad en la evolución de ambos sugiere el papel central que el capital y el desarrollo técnico representan para la evolución de las economías industrializadas.⁴ En este caso la precisa identificación de factores

4. A. Maddison, *Las fases de desarrollo del capitalismo - Una historia económica cuantitativa*

claves, su cuantificación y medición permitirían detectar relaciones causales entre los mismos.

¿Cuán generalizable es el uso de modelos en la práctica historiográfica? Robert William Fogel, practicante de la denominada historia cuantitativa, sostiene que “los historiadores no tienen realmente la alternativa de emplear o no modelos conductales, desde el momento en que todos los intentos de explicar la conducta histórica —relacionar unos con otros los hechos elementales de la historia—, ya sean llamados ‘imaginación histórica’ o ‘modelado conductal’, abarcan alguna suerte de modelo. La elección real es si estos modelos serán implícitos, vagos, incompletos e internamente consistentes, tal como afirman los cliométricos que a menudo ocurre en la investigación histórica tradicional, o si los modelos serán explícitos, con todos los supuestos pertinentes claramente enunciados, y formulados de tal manera que queden sujetos a rigurosa verificación empírica”.⁵

Esta declaración puede chocar al historiador, ya que es corriente en la profesión escuchar críticas al empleo de modelos simplificadoros. Así, por ejemplo, P. Vilar recomienda para practicar historia “una sensibilidad para la interacción continua entre los factores históricos, al mismo tiempo que una desconfianza sistemática hacia toda idea de causalidad unilateral”. En su opinión “la Historia es la observación atenta de todos los impulsos”, en tanto que “economistas y sociólogos intentan el aislamiento de «modelos» movidos exclusivamente por impulsos internos «endógenos»”.⁶ La referencia a la dicotomía endógeno-exógeno parece servir al argumento de que el historiador no debe limitarse a considerar aquellos factores para los cuales se dispone de alguna conexión sistemática. También debe tomar en cuenta factores exógenos.

¿Cuál es la cuota de razonabilidad de la provocativa declaración de Fogel? Tomar en cuenta el factor x para explicar el factor y presupone tener alguna idea (hipótesis) acerca de cómo se relacionan x e y . De lo contrario, no se lo tomaría en cuenta en la explicación de y : su mención desempeñaría una función puramente retórica y no aportaría nada al esclarecimiento del movimiento de y . Pero el establecimiento de una relación semejante conforma ya, por

(México, 1986), cap. 3. Según Maddison “los cambios estructurales figuran con mucha frecuencia en los análisis del crecimiento; pero en el largo plazo no tienen un papel causal independiente de mucha importancia que influya en el ritmo de crecimiento. Esos cambios suelen ser manifestaciones de otros procesos de crecimiento más fundamentales, y son muy influenciados por la tasa agregada de crecimiento de la producción y la inversión, el patrón de cambio técnico y la influencia de los patrones de la demanda ... sobre el cambio técnico”. (p. 83).

5. Véase R. W. Fogel y G. R. Elton, *¿Cuál de los caminos al pasado? —Dos visiones de la historia—* (México, 1989), pp. 44 y 45. De un modo semejante, Roberto Cortés Conde reivindica el empleo explícito de la moderna teoría económica en historia económica y alerta que “el historiador, enfrentado de un modo ingenuo a la realidad económica, puede no entender lo que está ocurriendo y dar no sólo una explicación, sino una descripción equivocada o, lo que es más frecuente, usar alguna teoría, de un modo bastante rudimentario, sin saber que lo está haciendo”. R. Cortés Conde, “Historia económica: nuevos enfoques”, en Oscar Cornblit (comp.), *Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias* (Buenos Aires, 1992), p. 136.
6. Pierre Vilar, *Crecimiento y desarrollo* (Barcelona, 1980), pp. 8 y 9.

rudimentario que éste pueda ser, un modelo de la interacción entre ambos factores. Bien pudiera ser que x no pertenezca al modelo de que habla Vilar y en este sentido es exógeno respecto del mismo, pero al tomarlo en cuenta para explicar y lo convierte en endógeno respecto de otro modelo distinto del anterior y que es ahora empleado para superar sus carencias. En síntesis: es cierto que todo modelo excluye una multiplicidad de factores que pueden influir sobre un fenómeno y , pero tomarlos en consideración presupone algún tipo de modelización que los incluya y establezca algún tipo de relación entre éstos e y . Lo primitivo de algunas de estas modelizaciones puede dar la impresión de que se hallan ausentes en el relato historiográfico.

Aun admitiendo la pertinencia de la modelización en algunos tipos de práctica historiográfica, se nos presenta el interrogante de si se trataría en estos casos de auténtica y genuina ciencia *histórica*. Cabe acotar que, aunque muchos historiadores no se encuentren dispuestos a negarle competencia científica a los historiadores cuantitativos, pueden, en cambio, dudar de que el resultado obtenido por estos medios pertenezca a la historia.⁷ Dejaremos pendiente este problema para más adelante.

III

Aunque ciertas formas de historiar no sean científicas (o ciencias, en el sentido fuerte de conformar teorías o modelos suficientemente articulados), pueden, no obstante beneficiarse del empleo del *método* científico. Esta es la posición tradicional del empirismo moderno y de numerosos historiadores.⁸ En estos casos suele decirse que aunque la práctica historiográfica no constituya una ciencia, puede, no obstante, ser *conducida científicamente*. El conjunto de procedimientos empíricos y conceptuales que conforman el método científico es aplicable especialmente a la evidencia histórica: permite su construcción, ampliación y el mayor aprovechamiento de los elementos de juicio empíricos disponibles. Historiadores como R. W. Fogel y G. R. Elton, pertenecientes a corrientes tan diversas entre sí, coinciden en este punto, no obstante sus serias discrepancias en otros aspectos, en particular respecto a la posibilidad y

7. "El primer peligro [que amenaza a la historia económica, G. M.] procede de ciertas escuelas de economistas que para demostrar alguna verdad abstracta y elemental, aplican a series estadísticas retrospectivas, frágiles o mal criticadas, tratamientos matemáticos cuyo empleo no llegarían a justificar ni las series estadísticas más modernas y seguras". P. Vilar, *Crecimiento y ...*, p. 8.

8. La lista de los epistemólogos es extensa. De entre ellos, los textos más clásicos pertenecen a K. Popper (*La miseria del historicismo*), M. Cohen y E. Nagel (*Introducción a la lógica y al método científico*, cap. XVII), y E. Nagel (*La estructura de la ciencia*, cap. XV). Es de destacar que aunque se sospeche de la capacidad explicativa de la historia, no se duda de la posibilidad de someterla a evaluación crítica utilizando un procedimiento afín al de las ciencias. La razón de ello estriba en que la evaluación no depende de la disposición de leyes genuinas, como es el caso de la explicación. Entre los historiadores, cabe mencionar a Marc Bloch (*Introducción a la historia*) y a J. Le Goff (*Pensar la historia*).

pertinencia del empleo de modelos cuantitativos. Si al reivindicar la cientificidad de la historia todo lo que se pretende es dejar constancia de que es posible (y, en verdad, ello hasta constituye un hecho consumado) hacer uso de técnicas y procedimientos, "propios" o "prestados", que permitan el control de las hipótesis, la reivindicación de cientificidad parece legítima e inobjetable para la mayor parte, si no la totalidad, de la práctica historiográfica.

Por último, en un sentido más débil, puede reivindicarse la cientificidad para la historia sobre la base de que en ella es posible la obtención de conocimientos seguros. Esta concepción se hallaría próxima al ideal de Ranke de establecer exactamente qué cosas sucedieron y cómo sucedieron. Hay quienes desmerecen esta conquista. Edward Carr, por ejemplo, declara sin calificaciones de ninguna especie que el conocimiento de los datos es un deber, no un mérito del historiador.⁹ Hay algo de verdad en lo que dice, pero, por supuesto, todo depende del dato o hecho de que se trate. Cualquier practicante de una disciplina tiene el deber de conocer la información que constituye el conocimiento básico de la misma en el área de su interés. Pero la situación es muy diferente cuando se trata de piezas de evidencia nuevas o impensadas (creídas hasta el momento como inobtenibles o improbables) o directamente contradictorias con todo lo conocido hasta la fecha. La obtención de esta clase de datos puede constituir un hallazgo en sí mismo. Precisamente, la *New Economic History* reivindica para sí logros de esta naturaleza: reestimación de la productividad de la economía esclavista del sur de EE.UU. durante la segunda mitad del siglo XIX, una reestimación de la estructura de la familia europea, etc.¹⁰ Otro ejemplo lo proporciona la argumentación de Maddison conducente a mostrar que toda la discusión acerca de los ciclos económicos está minada en sus fundamentos por el hecho de que no hay en realidad elementos de juicio empíricos para afirmar siquiera la existencia de ciclos de larga duración (mal puede, en consecuencia, discreparse acerca de sus características).¹¹ Todos estos resultados son no sólo novedosos, sino que se hallan en un nivel de significación claramente diferente al trillado hecho de que César cruzó efectivamente el Rubicón o al fechado preciso de la muerte de un personaje famoso o el estallido de una revuelta popular. Sigue en pie, por supuesto, el problema de hasta qué punto (en base a qué razones) debemos creer en los impactantes resultados que acabo de mencionar. Pero éste es un problema empírico y teórico, no metodológico.

Por otra parte, el empleo novedoso de datos, de construcción propia o ya

-
9. "Elogiar a un historiador por la precisión de sus datos es como encomiar a un arquitecto por utilizar, en su edificio, vigas debidamente preparadas o cemento bien mezclado. Ello es condición necesaria de su obra, pero no su función especial". Edward Carr, *¿Qué es la historia?* (Barcelona, 1993), p. 14.
10. Véase R. W. Fogel y G. R. Elton, *¿Cuál de los caminos...* pp. 60-62.
11. Maddison examina los análisis de N. D. Kondratieff, S. Kuznets y A. Schumpeter y los más recientes de W. W. Rostow y E. Mandel acerca de las ondas largas. Concluye que los trabajos clásicos no logran probar la existencia del fenómeno cuya estructura desean determinar. En cuanto a los más modernos, confiesa: "yo no he encontrado mucho en su trabajo para sacudir mi escepticismo sobre las ondas largas como fenómeno sistemático que afecta la producción". A. Maddison, *Las fases de desarrollo ...*, p. 105.

disponibles, a los fines de reestimar creencias existentes, también puede conformar un logro en la medida en que ello permita introducir precisiones o correcciones en el patrimonio teórico de la disciplina.

IV

La actividad de historiar no se reduce al tipo de prácticas modelizadoras y evaluativas, aunque sí las incluye o puede incluirlas y hasta puede darse el caso de que algunos historiadores se circunscriban a ellas. En efecto, muchos historiadores e intelectuales preocupados por la problemática histórica piensan que el aspecto distintivo y fundamental de la obra histórica lo constituye la actividad *interpretativa* o valorativa:¹² aquella que brinda un marco omnicomprendivo de una época o una etapa y, al restituir y acomodar las partes en el todo, da a luz un significado.

Antes vimos que hay procedimientos *standard* para evaluar hipótesis y establecer hechos o sucesos del pasado de un modo razonable y, a veces, concluyente. El problema que se nos presenta ahora es el de si estos mismos procedimientos son aplicables a los efectos de "establecer" interpretaciones (o, como diremos aquí, con algo más de prudencia, para seleccionar entre interpretaciones rivales). Karl Popper llama la atención sobre el hecho de que las interpretaciones históricas, a diferencia de las leyes o hipótesis científicas, no son testeables ni su valor de verdad decidible de un modo objetivo y concluyente.¹³ A pesar de ello, son extraordinariamente importantes y la historia no podría prescindir de ellas, ya que ofician de principios de selectividad: son estas líneas interpretativas de un macroacontecimiento las que orientan al historiador acerca de qué debe incluir su relato y qué omitir. La interpretación histórica, en suma, proporciona criterios de importancia (relevancia) que orientan la selección y puesta en conexión de los hechos. Es más, suministra un criterio interno para evaluar la objetividad de la obra histórica. Es ella la que pone coto a la arbitrariedad y discrecionalidad del historiador: dada su clave de lectura de los hechos es posible controlar si excluye hechos que debieran estar o, a la inversa, si incluye aquello que debió soslayarse. También brinda una pista para evaluar su calibración de los énfasis. En suma, permite apreciar si la obra satisface o no un tipo de objetividad que es relativa a la línea interpretativa escogida por el autor. Sin embargo, aunque éste sufre las constricciones a que él mismo se somete al elegir tal o cual enfoque, es libre, en cambio, de seleccionar uno cualquiera de los diversos puntos de vista alternativos a su alcance. Cada línea interpretativa es sólo una más entre otras y no es posible probar racionalmente, en sentido estricto, su superioridad o inferioridad respecto del resto. Timidamente, Popper sugiere qué una interpretación debe preferirse a otra en la medida en que es más fecunda (recordemos que está

12. A los mencionados en la nota 3 deberían agregarse, entre otros, los nombres de Johan Huizinga y Edward Carr.

13. K. Popper, *La miseria del historicismo* (Madrid, 1981), § 31.

combatiendo al historicismo al que califica de punto de vista estéril: en esto consistiría su "miseria"). Pero salta a la vista que aludir a la fecundidad, al interés, a la profundidad, etc., no hace más que desplazar el problema mediante el uso de calificativos, ya que tampoco se cuenta con criterios objetivos para comparar interpretaciones en relación a estos atributos. De modo algo retórico puede decirse que la historia puede ser conducida científicamente *hasta* las interpretaciones. Estas constituyen un límite al empleo de procedimientos empíricos de evaluación.

V

Ha llegado el momento de cerrar la discusión iniciada y arribar a algunas conclusiones:

- 1) Adoptada una cierta concepción de la ciencia, que puede ser denominada *standard*, parece claro que son pocas las prácticas históricas capaces de satisfacer requisitos tan exigentes. En la mayoría de los casos ello se debe a que el relato carece de la fuerte estructuración que lo haría asimilable a los modelos utilizados en las disciplinas científicas.
- 2) Distinta es la situación cuando nos preguntamos si la investigación histórica puede ser *conducida científicamente*. Pareciera que diferentes corrientes historiográficas son capaces de satisfacer este objetivo, considerablemente más modesto que el anterior. La *New Economic History*, por supuesto. Pero también la mayor parte de la historia tradicional. Es más, considero necesario exigir que se satisfaga este requerimiento, que permite contrastar el relato histórico con la evidencia empírica disponible, aunque sea parcial e imperfectamente. Ello implica que en algún momento y en algún nivel la historia que se narra debe ser conducida científicamente. Esta posibilidad es lo que permite distinguir entre historia y literatura, una distinción tanto más necesaria ante la siempre renovada pretensión de privilegiar la ficción a la historia.¹⁴
- 3) Tampoco resulta seriamente discutible que exista un acervo de conocimientos históricos que goza de una razonable aceptación en el seno de la comunidad global de historiadores y que es engrosado de manera continua por la práctica historiográfica.
- 4) Aun admitiendo las consideraciones anteriores, puede pensarse que la auténtica Historia, ésa que se escribe con mayúsculas, reside en un nivel diferente del relato: en la línea interpretativa que organiza la obra entera.

14. Para una defensa reciente de esta posición, véase Luiz Fernando Valente, "Fiction as History: The Case of João Ubaldo Ribeiro", *Latin American Research Review*, Volume 28, Number 1, 1993.

Y, después de lo dicho, pareciera que efectivamente no es posible decidir por los mismos métodos que nos permiten construir, manipular y estimar la evidencia empírica qué interpretación es correcta y cuál no o, más en general, dadas dos o más interpretaciones, cuál de entre ellas es preferible. Lo más que puede hacerse en estos casos, y ello no es, sin duda, poca cosa, es controlar la coherencia interna de la historia narrada.

- 5) En atención a lo expuesto, no parece haber dificultades insalvables para que ciertos relatos históricos satisfagan *parcialmente* los requisitos de cientificidad mencionados. Ello aseguraría el carácter de ciencia o la cientificidad de una parte importante de la producción historiográfica, dado el significado que hemos atribuido a estos términos en este trabajo. Pero sería un error creer que la satisfacción de los tres *desiderata* mencionados arriba también convierte a estas formas de historiar en *ciencias independientes* distintas de la economía, la sociología, etc. Incluso en aquellos casos en que el modelo es proporcionado y que, en consecuencia, la cientificidad parece al alcance de la mano, éste pertenece invariablemente a otras disciplinas científicas, especialmente a alguna de las ciencias sociales, como la economía o la sociología.¹⁵ La New Economic History, que pareciera ser el intento más acabado en este sentido, proyecta al pasado modelos macroeconómicos. No produce, ni pretende hacerlo, modelos *históricos*, con conceptos y leyes *específicos de la historia*.¹⁶

El punto no es trivial porque numerosos historiadores aluden a la existencia de leyes o regularidades históricas.¹⁷ No se trataría, al parecer, de leyes de alguna otra disciplina (economía, sociología, antropología, etc.) cuya aplicabilidad a una cierta situación pasada es descubierta por el historiador en el

15. "... qué otra cosa se propone la historia que no sea, en el mejor de los casos, edificar una *sociología del pasado*, ...". Pierre Vilar, *Iniciación al ...*, p. 20. Una crítica al pretendido carácter historiográfico de la tarea desarrollada por la New Economic History puede hallarse en Pierre Chaunu, *Historia cuantitativa, historia serial* (México, 1987).

16. "(Los cliométricos) contemplan por lo general la historia como un campo de la ciencia social aplicada, afirmando que los métodos analíticos y estadísticos de estos campos son tan pertinentes para el estudio del pasado como lo son para los problemas contemporáneos". R. W. Fogel y G. R. Elton, *¿Cuál de los...*, p. 51.

17. "... las economías, las sociedades —e incluso las civilizaciones— crecen y decrecen como los organismos vivos, pero siguiendo leyes propias, que no son ni mecánicas, ni biológicas". Pierre Vilar, *Crecimiento y ...*, p. 17. La tentación de formular regularidades históricas es tan fuerte que aun un autor que condena explícitamente las fantásticas construcciones especulativas a la Toynbee, se siente obligado a confesar que "si fuese incapaz de pasar sin formular leyes de la historia, una de éstas rezaría que el grupo —sea él una clase o una nación, un continente o una civilización, lo que se quiera— que desempeña el papel principal en el avance de la civilización en un período no será probablemente el que desempeñe igual papel en el período siguiente, y ello por la sencilla razón de que estará demasiado imbuido de las tradiciones, los intereses y las ideologías del período anterior como para poder adaptarse a las exigencias y las condiciones del siguiente". Edward H. Carr, *¿Qué es ...*, p. 157. Una similar confianza en la

curso de su investigación, sino de leyes pertenecientes, en sentido estricto, a la disciplina histórica. Si existieran leyes semejantes, la posibilidad de descubrirlas y conectarlas entre sí se aproximaría bastante a la posibilidad de construir un modelo histórico para el área temática bajo estudio, semejante a los empleados en ciencia. Quien crea en esta posibilidad, se halla ya comprometido, quizás sin ser completamente consciente de ello, en la defensa de la posibilidad de una *ciencia histórica*. Con esto nos asomamos al espinoso problema de la especificidad del conocimiento histórico.

Como era de esperarse, la relación entre ciencia e historia es compleja y no puede ser despachada con un par de lugares comunes. Los resultados alcanzados introducen matices y distinciones que se hallan ausentes en aquellas posturas demasiado tajantes y ambiciosas y que, por lo mismo, resultan exageradas y carecen de valor intelectual. En un sentido importantes, ciertas formas de hacer historia o cierto nivel de la práctica histórica se diferencia significativamente de las prácticas científicas paradigmáticas corrientes. Sin embargo, en distintas ocasiones y niveles de análisis, resulta posible emplear procedimientos típicos de las ciencias, en particular aquellos que han sido diseñados para sacar partido de la experiencia. Como suele suceder, la opinión que uno se forma del mundo depende en gran medida del lugar que uno ocupe en él. Del mismo modo, la relación entre historia y ciencia es considerada diversamente según que se crea qué es la ciencia y, fundamentalmente, qué tipo de historia se practique o valore.

acción de leyes históricas parece implícita en el siguiente párrafo: "... puede asegurarse que ninguna formación social puede alcanzar un conocimiento exacto de sus leyes de movimiento más profundas sin una plena democracia socialista". Perry Anderson, *Teoría, política e historia* (Madrid, 1985), p. 26.